

**“Correr y que no te devuelvan, corre para olvidar de dónde has partido”: una lectura de *Los documentados* (2005) de Yolanda Arroyo<sup>1</sup>**

*“To Run and Not Have Them Take You Back, Running to Forget Where You Started From”: A Reading of Los Documentados (2005) by Yolanda Arroyo*

**Fernanda Bustamante Escalona**

(Universitat Autònoma de Barcelona)

fernandabustamante@gmail.com

**RESUMEN**

En este texto propongo una lectura de la novela *Los documentados* (2005) de la escritora puertorriqueña Yolanda Arroyo, a partir de la idea de que es un relato que gira en torno a la vulneración y la precariedad de los cuerpos inmigrantes, y en cómo estas subjetividades, en su condición de cuerpos caribeños racializados, se enfrentan a prácticas y discursos que responden a una lógica de repudio y exclusión. Para ello me aproximaré a la obra atendiendo a la representación de las subjetividades migrantes, a la forma como son narrados esos cuerpos-Otros; y me centraré en aquellos episodios en los que se reproduce un discurso xenófobo, en los que se denuncian las perversas estructuras raciales sobre las que se construyeron, o negociaron, las identidades caribeñas.

**Palabras clave:** migración; cuerpos que importan; cuerpos vulnerados; cuerpos racializados; Yolanda Arroyo; narrativa puertorriqueña.

**ABSTRACT**

Herein I propose a reading of the novel *Los documentados* (2005) by the Puerto Rican writer Yolanda Arroyo, from the idea that it is a text that depicts the vulnerability and precariousness of immigrant bodies, and how these subjects, in their condition of Caribbean racialized bodies, face practices and discourses that answer to a logic of hatred and exclusion. I will approach the work attending to the representation of migrant subjectivities, the way in which those “others-bodies” are narrated; and I will focus on those episodes where a xenophobe speech is reproduced, through which the perverse racial structures that the

---

<sup>1</sup> Este artículo se inscribe en el proyecto “Carto(corpo)grafías: narradoras hispanoamericanas del siglo XXI” (Fondecyt-Chile Regular 1180522) de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT) del Gobierno de Chile (Lorena Amaro IR), del que soy co-investigadora.

Caribbean identities were constructed on, or negotiated with, are denounced.

**Keywords:** migration; bodies that matter; infringed bodies; racialized bodies; Yolanda Arroyo; Puerto Rican narrative.

LA obra narrativa de la escritora puertorriqueña Yolanda Arroyo (1970) se ha caracterizado por inscribirse dentro de una estética cuyo eje está en la problematización de dos categorías identitarias: género y raza. De esta forma, sus novelas y relatos, al velar por la representación de sexualidades disidentes, han sido abordados desde los estudios *queer* y de género, particularmente desde los feminismos negros —como es el caso de sus novelas *Caparazones* (2010), que ha sido considerada la primera novela lésbica puertorriqueña; y *Violeta* (2013); así como sus antologías de cuentos *Cachaperismos* (2012); *Lesbianas en clave caribeña. Cuentos de marimachas, buchas y camioneras. Femmes, patas y cachaperas* (2013), o *Lesbofilias* (2014); entre otras—. Las aproximaciones a sus obras se han realizado, también, desde los estudios poscoloniales y étnicos, al poner en primer plano a sujetos afroantillanos, atendiendo a las violencias funcionales de la isla de Puerto Rico y a la perpetuación del racismo en la región del Caribe. En esta línea se encuentran, por ejemplo, sus cuentos de *Las negras* (2012), su compilación de textos *Tongas, palenques y quilombos. Ensayos de afrorresistencia* (2013), y *Palenque: antología puertorriqueña de temática negrista, antirracista, africanista y afrodescendiente* (2013), de la cual es la editora<sup>2</sup>.

En este marco de la obra de Yolanda Arroyo, propongo una lectura de su primera novela, *Los documentados* (2005), galaronada con el Premio PEN Club de Narrativa el 2006; novela en la que a la reflexión en torno al género y la raza se le agrega la del fenómeno de la inmigración, plasmada, en este caso, en los personajes dominicanos, haitianos y cubanos que inmigran a Puerto Rico. Guía esta lectura la premisa de que es un relato que gira en torno a la vulneración, vulnerabilidad y precariedad de los cuerpos inmigrantes, y en cómo estas subjetividades, en su condición de cuerpos racializados, se enfrentan a prácticas y discursos que responden a una lógica de repudio y exclusión. Para ello me aproximaré a la obra, por una parte, atendiendo a la representación de las subjetividades migrantes, a la forma como son narrados

<sup>2</sup> Para mayor información sobre la recepción crítica y las obras de la autora y su biobibliografía, véanse los textos de la bibliografía de: Falconí, Harris, Large, Lladó Ortega, Nieves López, Ramos, Valdez, entre otros. Asimismo, el blog personal de la autora: <http://narrativadeyolanda.blogspot.com/>

esos cuerpos-Otros; y por otra, centrándome en aquellos episodios en los que se reproduce un discurso xenófobo, en los que se denuncian las perversas estructuras raciales sobre las que se construyeron —o negociaron—, las identidades caribeñas.

A grandes rasgos podríamos decir que *Los documentados* aborda un abanico de temáticas en las que el dolor, las lágrimas y la vulneración funcionan como isotopías del relato: paternidades ausentes; masculinidades dominantes que reproducen las dinámicas hegemónicas de género patriarcales; anomia e indiferencia social; violencias de género; discriminación racial ante los sujetos afrodescendientes; migración irregular; corrupción institucional; violencias del pasado colonial antillano y memoria histórica, entre otras.

La novela, desde una estructura fragmentada y polifónica, con un narrador omnisciente que se intercala con los propios personajes narradores, relata un momento de la historia de una familia puertorriqueña compuesta por una madre y sus dos hijos, que viven en una playa de la región de Camuy, al este de la isla; playa que ha pasado a ser el punto de entrada de los inmigrantes que vienen en yola desde Haití y República Dominicana<sup>3</sup>. En este punto cobra significación el contexto histórico en el que se inscribe el argumento: el 2004, a pocos años de los atentados a las torres gemelas en Nueva York, con las que se dio pie a las políticas xenófobas del gobierno de George W. Bush bajo el argumento de hacerle la guerra al terrorismo<sup>4</sup>. Es el mismo año en que República Dominicana se enfrentaba a una inestabilidad económica producto de la crisis financiera del 2003 que implicó, entre otras cosas, el aumento de inmigración en la población por razones económicas.

Karen, una mujer abandonada por su marido tras enterarse de que su hija era “discapacitada”, es amante del reverendo, de

---

<sup>3</sup> Las yolas es el nombre que reciben las balsas o embarcaciones que suelen ser usadas por los inmigrantes de las islas del Mar Caribe para desplazarse hacia otro territorio, conocidas también como pateras. Debido a su estructura de construcción precaria y rudimentaria, no diseñada para enfrentarse a las adversidades de alta mar, y a la gran cantidad de personas que llevan abordo, suelen quedar a la deriva, dejando un significativo número de pérdidas humanas.

<sup>4</sup> Me refiero, particularmente, a las políticas implementadas por Bush inscritas dentro de lo que fue llamado como “Ley patriótica”, aprobada en el 2001.

quien se hace un aborto después de que éste, pese a todas sus promesas de amor, la dejara; y es compañera de trabajo de Humberto, ante quien reprime sus afectos por ser éste dominicano. Una mujer entregada a su maternidad y con un historial de relaciones amorosas fallidas: un “fracaso de madre” (Arroyo 87), una “mujer incompleta” (88) —como se describe a sí misma a lo largo del relato. Vitito, su hijo, un adolescente con claros comportamientos arribistas y machistas, que se avergüenza de su hermana, negándose a hablarle en lenguaje de señas “como si yo fuera un mono” (42), y que no duda en dejar la escuela para participar de la economía informal que se ha implementado en torno al mercado con los inmigrantes y así ascender de clase social; el “varón que se cree el rey del hogar, a falta del verdadero heredero” (35). Y Kapuc, su hija, una chica de 15 años, “la mudita retardada mental” (66) —como la trataban popularmente en el pueblo—, que por las noches, desde las alturas de las ramas de un árbol que da a la playa, registra-documenta en sus libretas la llegada de los inmigrantes, observa esos cuerpos que tocan tierra. Una joven que, tal como ella nos narra en las primeras páginas de la novela:

Únicamente escribo, escribo, escribo, mirando hacia delante, viéndoles correr, correr de la vida, correr del viento, correr del mar, ¿correr de mí? Y sí.

Algunos me ven trepada y corren aún más, aún con mayor fiereza, aún con mayor miedo, puesto que el miedo es el mejor combustible para hacer a la gente escapar (Arroyo 9).

### **1. Cuerpos descartables: inmigrantes de orilla a orilla**

¿Quiénes son estos cuerpos que corren?, ¿quiénes son estos cuerpos que escapan? y ¿cómo se representan? Tanto los capítulos estructurados mediante un narrador omnisciente, como los capítulos en los que Kapuc es la narradora, giran en torno a dos grandes aspectos: la situación familiar de la joven protagonista y la tristeza de su madre, por un lado; y las dramáticas condiciones de desembarco y llegada de las yolas con inmigrantes a la orilla, ignorando los “límites territoriales y [las] fronteras de aguas asesinas” (86), por otro. Kapuc anota en sus cuadernos sus observaciones sobre estos sujetos, quienes carecen de nombre, de

historia, de documentación. Sujetos de los que sólo se sabe que han viajado en yolas, que provienen de la isla vecina La Española, es decir, de Haití o de República Dominicana, esperando que Puerto Rico les ofrezca un futuro mejor, y que corren con fiereza arrancando de la policía para evitar ser arrestados o deportados<sup>5</sup>. En este sentido, cabe recordar que Puerto Rico, en su compleja condición de Estado Libre Asociado de EE. UU., es visto por otras islas de las Antillas como un “puente” de entrada a Norteamérica, es decir, como un lugar de tránsito dentro de la ruta migratoria, y no necesariamente como destino final<sup>6</sup>.

Como he mencionado, en la novela no se da paso al desarrollo de las identidades de estos personajes inmigrantes, ni al de sus relatos particulares, no son sujetos enunciadore, por lo que nos encontramos ante una representación que —sirviéndose del imaginario en torno a la inmigración ilegal— problematiza la deshumanización a la que se enfrentan estos colectivos, la anulación de esas individualidades que han sido despojadas de su condición de sujeto de derechos para en su lugar estar reducidos a ser cuerpos, cuerpos forasteros, cuerpos ilegales, cuerpos que estorban. En esta línea, es significativo el campo semántico utilizado para describir estas subjetividades.

Ya en la primera página de la novela el narrador omnisciente relata: “Un *bulto* tirado sobre la arena llama la atención de ambos [...] El *bulto* respira. Deja ver el relieve de sus costillas, parte del rostro y el cabello. No parece haberla pasado nada bien. Tiene *golpes*, *moretones*” (Arroyo 5; cursivas personales).

<sup>5</sup> Sin necesidad de narrarse el pasado de estos personajes inmigrantes, a partir de la propia forma en que realizan el viaje migratorio (en yolas por el Mar Caribe) se hace evidente que no forman parte de los sujetos que migran por razones laborales o educacionales, sino por otras adversidades, vinculadas más a una situación socioeconómica desfavorecida. De hecho, la poca información que se sabe de estos personajes es dada por el narrador, por ejemplo, cuando relata el contenido del periódico sobre tres mujeres ahogadas: “La periodista comenzaba haciendo referencia a la pobreza de la que escapaban los ilegales, específicamente el caso de las tres mujeres que habían encontrado ahogadas. Se reseñaba la falta de oportunidades que no les permitían luchar por un mejor porvenir para ellas y sus familias, las ansias de hacer un poco más de dinero [...] lo que quizás había alentado a las mujeres a emprender la difícil travesía desde la República Dominicana hasta la costa de Camuy” (94).

<sup>6</sup> La inmigración del Mar Caribe hasta tierra continental implica, en la mayoría de los casos, un tránsito interinsular, del cual la novela da cuenta: “Era lo que llamaban un viaje puente, en donde personas de Haití, Cuba y algunos orientales utilizan las costas de Santo Domingo como resorte para luego llegar a territorio puertorriqueño” (129).

Mientras que a lo largo de las páginas Kapuc nos describe: “Una vez levantados del suelo, la mayoría *cortados* y *sangrando* por las *heridas*, con *moretones* en las encías y las rodillas en *carne viva*, continúan la huida conscientes de no querer regresar” (9; cursivas personales); “Reencarnación inmediata son al tocar tierra firme con las plantas de los pies. Deditos enterrados, *cortados*, *mutilados* por los días de mala postura, por los *calambres* que no han sobrevivido al navío [...] brazos *lacerados* [...] muslos *extenuados*” (19; cursivas personales). Vemos cómo las subjetividades inmigrantes son representadas a partir de las nociones de cuerpos indistinguibles, deshumanizados (bultos), o de cuerpos heridos (golpes, moretones, cortes, sangre, heridas, carne viva, mutilaciones, calambres). El énfasis no está puesto ni en el porqué dejaron su país, ni en el porqué no quieren regresar, como tampoco en dar cuenta de cuál es el sueño prometedor que esperan alcanzar; sino que en la forma como han llegado, presentándonos, mediante estos cuerpos rotos, a subjetividades dañadas, a subjetividades precarias, a cuerpos vulnerados.

En esta misma línea, pero complejizando el relato, Kapuc, hacia la mitad de la novela, nos narra con detalle el accidentado y trágico arribo de un grupo de inmigrantes a las costas de Camuy:

[S]e tiraron al mar y nadaron contra la corriente. Tres de ellos nunca volvieron a salir a la superficie. [...] Un puñado, al percatarse por fin de la espuma con que rompían las olas, se dio cuenta que ello era el final del viaje, y entonces por fin, *meados*, *vomitados* y *cagados*, se tiraron al océano donde las piernas, enredadas de sargazo y algas, dieron contra una arena nada movediza [...] (Arroyo 84-85; cursivas personales).

Me interesa de este fragmento cómo lo registrado en la libreta de Kapuc ya no se limita sólo a la descripción de heterogéneos cuerpos heridos, sino que dan cuenta de cómo esas heridas son consecuencias de un viaje puntual, con sus características particulares de adversidad no sólo política, económica y social, sino también climatológica, de un viaje de horror y de muerte, en el que las yolas y el mar pasan a ser unas bestias<sup>7</sup>:

<sup>7</sup> Utilizo en esta ocasión el término “bestia” para establecer una relación entre la inmigración irregular antillana con la inmigración de centroamericanos hacia los Estados Unidos realizada, principalmente, en el tren conocido como



Corrieron dejando atrás el traste de madera que milagrosamente había llevado a destino a la minoría. Algunos se detuvieron para echarse a la boca hojas y uvas playeras; otros se detuvieron a defecar [...]. Una madre corría con su hijo muerto en brazos desde los primeros días de los siete que había durado perdido el navío. Una hermana arrastraba a su gemela que convulsaba [sic] y perdía fluidos disfrazada entre la fiebre.

Una abuela vomitaba lo último que le quedaba en las tripas, y como si fuera un ave regurgitando alimento, lo daba a tragar a los dos nietos débiles y desnutridos. Y siguieron corriendo. Todos siguieron corriendo. Nueva tierra, nueva vida. *Desconocidos e indocumentados*, pero vivos. *Ilegales y anónimos*, pero vivos.

Desfilaron a toda prisa, evitando las luces de las autoridades que habían hecho acto de presencia (Arroyo 84-85; cursivas personales).

Sin embargo, esta idea adquiere más matices al prestar atención al final de la cita, en la medida en que esos cuerpos de desconocidos, indocumentados, ilegales, anónimos, que han llegado a una tierra forastera que no los recibe con los brazos abiertos, sino que con policía dispuesta a deportarlos, pasan a tener otro atributo, ahora de vulnerables. Destaco esta yuxtaposición entre vulnerados y vulnerables, ya que, compartiendo la misma raíz epistemológica, *vulnus*, que significa “herida”, estos cuerpos han sido vulnerados/heridos en sus propios países de origen —por razones que desconocemos, pero que en el marco de las narrativas de inmigración contemporánea podemos intuir—, y, como hemos visto, llegan vulnerados/heridos a las costas del país de destino. Pero, además, en el momento en que pisan la tierra de recepción pasan a ser vulnerables, es decir, a estar en condición de vulnerabilidad, a estar sujetos a ser finalmente heridos, a enfrentarse a la probabilidad de volver a ser dañados<sup>8</sup>. Con esto me refiero —de acuerdo con la distinción que plantea Butler en *Marcos de guerra. Las vidas lloradas* (2010)— a que estos

---

“La Bestia”, entendiendo a este, como el mar y las yolas, como otro de esos espacios de horror y muerte en los desplazamientos migrantes.

<sup>8</sup> Para efectos de esta distinción entre “vulnerar” y “vulnerabilidad”, me remito al artículo “Vulneración y vulnerabilidad: dos términos para pensar hoy la gestión socio-política del sufrimiento” (2018) de Antonio Madrid. El autor plantea que los usos de los términos “vulnerabilidad” y sus acepciones “naturalizan la desigual *vulnerabilización* de las personas, al tiempo que ocultan el diseño y el funcionamiento de las estructuras y lógicas de explotación” (56; cursivas del original), por lo que el empleo de “vulnerabilidad” omite la idea de los agentes externos responsables de la vulneración de las personas apuntando exclusivamente al sujeto vulnerado y no a quién lo vulnera.



personajes plasman ya no sólo esa precariedad que es intrínseca a todo ser humano (*precarity*), y que es de tipo existencial; sino que a esa precariedad de tipo político que se les impone a los sujetos en contextos determinados mediante estructuras y mecanismos que dañan (*precariousness*).

Precisamente, en esa acotación final, que es reiterada en dos ocasiones por Kapuc y construida a partir del adversativo —“pero vivos”—, la reflexión pasa de centrarse en los *cuerpos vulnerados*, cuya vulneración se materializa en sus propias corporalidades heridas, a los *cuerpos vulnerables*, en estado de vulnerabilidad. Ante esto, surge la pregunta, ¿cuál es esa “nueva vida” que les espera a estos sujetos recién llegados? Sabemos que esos cuerpos sin voz ni rostro corren y corren, movidos por el miedo, para salvar sus vidas<sup>9</sup>; que corren para evitar que el Servicio de Inmigración y Aduanas los devuelvan y que en ese devenir, en el que pasan a ser identificados como “los indocumentados”, “los ilegales”, participan de las prácticas propias de la economía informal que emerge en estas sociedades precarizadas en su condición neocolonial y neoliberal.

Judith Butler enfatiza en que existen formas desiguales de distribución de la vulnerabilidad, “formas diferenciales de reparto que hacen que algunas poblaciones estén más expuestas que otras a una violencia arbitraria” (*Vida precaria* 14), que así como hacen que hayan ciertos dolores y pérdidas que sean reconocidos nacionalmente mientras otros sean impensables o indolores, hacen también que existan diferentes estatutos de reconocimientos. Es entonces cuando estas subjetividades, estos cuerpos marginados y precarizados, pasan a cosificarse, en la medida en que su significación, y con ello su reconocimiento, su estimación, se mide únicamente en cuanto a las ganancias que puedan generar en las transacciones que se hacen gracias a y con sus cuerpos, es decir, a su valor de cambio. Con esto me refiero a esa necroeconomía, a ese capitalismo gore —remitiendo a los

<sup>9</sup> Es interesante cómo a lo largo de la novela se muestra en reiteradas ocasiones esta idea del “miedo” como catalizador de la huida, tanto del país de origen como de la policía del país de destino. El miedo como otra marca más en esos cuerpos de vulnerabilidad, esta vez de corte emocional y psicológico. Ya en las primeras páginas Kapuc señala que “el miedo es el mejor combustible para hacer a la gente escapar” (9) —frase que se presenta exactamente igual en la página 108—; “podía percibir el olor del miedo [...] que despedían las personas” (27); “Sí pudo percibir el olor del miedo emanado del invasor” (102).

postulados de Mbembe y Valencia, respectivamente—que se implantan en estas realidades migratorias, mediante prácticas como los sobornos a la policía, los matrimonios por papeles, la venta de órganos, la trata de personas, los cobros por los traslados clandestinos —que en muchas ocasiones se pagan por adelantado por lo que el inmigrante irregular queda, en cierta medida, “hipotecado” con su prestamista, por lo que al llegar a su destino trabaja para saldar la deuda—, etc.<sup>10</sup> Es decir, estos inmigrantes, que son vistos como una amenaza por el país receptor —carentes de valor o que poseen valor negativamente (Agamben 175)— sólo comienzan a adquirir significación a partir de su incorporación en la economía informal e ilícita construida en torno a la inmigración.

En este punto, cabe atender a aquellos episodios y personajes de la novela en los que se aborda el mercado que se ha producido alrededor de la migración, del que forman parte tanto los locales como los propios inmigrantes. Son una muestra de ello, por ejemplo, Manena, amiga de Karen, que junto a Filiberto y su marido dominicano Vinicio —con quien se casó para “darle la tarjeta de naturalización, la tarjetita verde, algo así como para legalizarlo” (72)— se dedican al “tráfico de dominicanos” (73), lo que les ha permitido acumular “una pequeña fortuna, gran casa y dos vehículos deportivos” (73). Asimismo, los vecinos que cobran a los recién llegados por hospedaje; Samuel, el niño huérfano inmigrante, que trabaja en las bandas del tráfico como “contador”, encargándose de que se realicen los pagos de los respectivos préstamos solicitados por los inmigrantes para poder costear los viajes; los miembros de la policía que obtienen su sobresueldo a partir de los sobornos que reciben; y el propio Vitito, el hijo de Karen, que junto a sus amigos acepta trabajar en el negocio de los traslados de las personas indocumentadas; entre otros.

De hecho, en el marco de estas economías subsumidas y precarizadas de las sociedades neoliberales y neocoloniales, los

<sup>10</sup> Mbembe plantea que “Hablamos de necroeconomía en el sentido de que una de las funciones del capitalismo actual es producir a gran escala una población superflua. Una población que el capitalismo ya no tiene necesidad de explotar, pero hay que gestionar de algún modo. Una manera de disponer de estos excedentes de población es exponerlos a todo tipo de peligros y riesgos, a menudo mortales. Otra técnica consistiría en aislarlos y encerrarlos en zonas de control. Es la práctica de la 'zonificación'” (“Entrevista” s/n).

personajes de Vitito y sus compañeros, así como plasman relatos propios de las masculinidades dominantes hegemónicas —que sería interesante de abordar en una lectura de la novela desde la perspectiva del género—, en su condición de jóvenes de clase social desventajada económicamente, representan —de acuerdo con los postulados de Sayak Valencia— a esos nuevos actores sociales, endriagos, que surgen en el capitalismo gore<sup>11</sup>: Vitito y sus compañeros, como parte de esa población excluida y precarizada, que no puede participar de las demandas hiperconsumistas por las que vela la lógica de la economía contemporánea, ven en las prácticas de esta necroeconomía una forma de lograr validación social. De ahí a que opten por abandonar la escuela, ya que la educación ha dejado de ser una salida de su realidad social, para en su lugar trabajar en los negocios informales alrededor de la inmigración y así obtener esas ganancias económicas que les permitirán autoafirmarse y agenciarse:

Vitito había pasado la prueba de la semana. Había transportado dominicanos por 250 dólares el viaje hasta Santurce. [...]. Dinero facilito, facilito. Visitó la escuela a la que hacía días ni pisaba. Lo hizo estrenando tela. Camisa nueva, mahones nuevos, nuevo recorte. Se acercó al grupo de muchachos y muchachas en donde se hallaba Sarita. Esperó a que su colonia nueva de Antonio Banderas hiciera efecto. [...] Todos le aplaudieron y le cantaron un corito de Don Omar en un rap desentonado. Miró a Sara que reía [...] Me la como de un bocao (Arroyo 117).

Por otro lado, y en esta misma línea, el narrador señala que: “No sólo se había casado con uno para cobrar los cinco mil, sino que Manena servía de celestina y conseguía otras mujeres que como ella estuvieran dispuestas a ganarse buenos pesos en tal osadía” (72). Mientras que, por otra parte, en una discusión entre Vitito y sus amigos, Carmelo, criticando a Raúl por considerar “riesgosa la operación ‘movimiento de *carga dominicana*’” (95; cursivas personales) y llamándolo “el único pendejo que no se estaba lucrando de la economía regional” (95), le argumenta:

<sup>11</sup> “[los sujetos endriagos] contradicen las lógicas de lo aceptable y lo normativo como consecuencia de la toma de conciencia de ser redundantes en el orden económico [...] se caracterizan por combinar la lógica de la carencia (círculos de pobreza tradicional, fracaso e insatisfacción), la lógica del exceso (deseo del hiperconsumo), la lógica de la frustración y la lógica de la heroificación (promovida por los medios de comunicación de masas) con pulsiones de odio y estrategias utilitaristas. Resultando anómalos y transgresores frente a la lógica humanista” (Valencia 20 y 87).

¡Que no ves que más de medio Playa Tereque compra y vende a *costa de la sangre de los brutos esos*! Mi primo hace mil pesos a la semana llevando y trayendo, y cuando le va mal o uno de los dominicanitos se niega a pagar lo acordado, *lo desaparece* del mapa. Total que nadie lo va a extrañar *si no existe*, para los efectos. No tienen papeles, como quien dice nunca entraron al país. [...] Supe que hasta la policía está envuelta en eso, con la mierda de sueldo que les paga el gobierno necesitan un chivito por el lao (95; cursivas personales).

A partir de estos fragmentos podemos observar que, si bien la llegada de inmigrante irregulares se concibe como una alarma para las autoridades, que van en busca de las personas para detenerlas y posteriormente repatriarlas, sus cuerpos participan de las violentas lógicas de precarización de las economías sumergidas, al pasar a ser cuerpos rentabilizables. Es decir, son cuerpos que sólo existen en su condición de mercancías, de bien de consumo que permite una transacción. De no ser así, su irregularidad, el no estar registrados-documentados en ninguna parte —como otra muestra de vulneración de los sujetos—, los lleva a no existir, y por ende, a no importar si mueren y mucho menos cómo mueren. De ahí, a que las propias palabras de Carmelo y el tono de estas, burlesco e indiferente, que deshumanizan y privan de derechos a estas subjetividades migrantes, den paso a una problematización en torno a la irrupción de prácticas necropolíticas (Mbembe *Necropolíticas*), que en este caso se observan en la impunidad de la que gozan los sujetos documentados, que liberados de toda criminalidad, pueden hacer “desaparecer” a esas vidas en condición de irregularidad, en cuanto a que son concebidas como insignificantes. Peor aún, inexistentes.

Es decir —y siguiendo a Butler y Agamben—, son esas vidas que, inscritas dentro del marco de la biopolítica propia de los regímenes poscoloniales y neoliberales, no importan, y por ende, no vale la pena ni proteger ni ser salvadas, ni que se llore por su pérdida (Butler, *Cuerpos que importan* 39), por lo que estos inmigrantes no deseados vienen a representar a esas vidas sin valor, o esas “vidas indignas de ser vividas”, que se corresponden con la “nuda vida” del *homo sacer* del que habla Agamben (176)<sup>12</sup>, esas vidas descartables.

<sup>12</sup> Agamben desarrolla su idea sobre las “nuda vida” centrando su análisis en contextos propios de los “estados de excepción”, presentado como ejemplos

## 2. Cuerpos con rostros inaceptables: El Caribe parte de la “África diferida”

*Toda la gente del Caribe, con cualquier trasfondo étnico, debe confrontar tarde o temprano esta presencia africana.*

Stuart HALL, “Identidad cultural y diáspora” 355

Como propio de la propuesta escritural de Yolanda Arroyo, y como es de esperar de una novela caribeña que tiene como centro la inmigración, en *Los documentados* el racismo es otro de los temas que se desarrollan. Más allá de la vulneración y vulnerabilidad propia del sujeto migrante, visto como una amenaza forastera, como sujetos “anulables” o rentabilizables, no podemos pasar por alto, para efectos de esta lectura, la manera en que se abordan en la novela las problemáticas en torno a los cuerpos racializados y la xenofobia. Hasta el momento hemos visto cómo son descritos los cuerpos migrantes registrados en la bitácora de Kapuc: siempre a partir de sus heridas, su anonimato y con ausencia de todo relato personal e identitario<sup>13</sup>. Sin embargo, en la obra hay espacio para otro grupo de personajes inmigrantes que interactúan y establecen diferentes tipos de relaciones con los integrantes de la familia protagonista, así como con otros personajes puertorriqueños de la novela<sup>14</sup>. En esta línea destaco particularmente a Karen, en la medida en que, como “personaje enunciante-narradora”, reproduce en su relato y prácticas, un discurso racista.

---

los campos de concentración y las prisiones de refugiados. Ante esto último, los migrantes “irregulares”, que carecen de derechos de acuerdo con la ley del país al que quieren migrar, vendrían a constituir un ejemplo de “nuda vita”.

<sup>13</sup> Los únicos inmigrantes de la novela de quienes sabemos algo más que la forma cómo llegaron a la costa, son Samuel, y el hombre con tatuaje que Kapuc y Samuel socorren, y de quien nos enteramos al final que asalta a Antonio, el padre de Kapuc y Vitito y lo apuñala.

<sup>14</sup> Este es el caso, por ejemplo, de tres personajes secundarios dominicanos: Vinicio, con quien se casa Manena, en un principio, “para darle la tarjeta de naturalización, [...] algo así como para legalizarlo” (72); Samuel, el niño huérfano, el “cobrador”, que después de la muerte de su madre decide irse en yola a Puerto Rico y con quien la joven Kapuc establece una relación sentimental; y Sara, compañera de la escuela de Vitito —“la dominicanita más linda y más suculenta que él había conocido jamás” (95)—, de quien se enamora y con quien hacia el final de la novela contrae matrimonio.

Si bien para Kapuc los cuerpos de los inmigrantes y sus marcas son el centro de sus observaciones y preocupaciones, todos ellos son cuerpos que carecen de color, de raza, de lengua, de religión. La joven protagonista no atiende a esos datos. Lo que ella documenta son las heridas y dolores que comparten esos recién llegados, independiente de su lugar de origen, de su nacionalidad. Sin embargo, en el caso de su madre, las marcas de los cuerpos inmigrantes están dadas por el color de su piel o sus acentos o el país que se registra en sus partidas de nacimiento, y son estas las que vienen a funcionar como elementos que hacen visible su otredad.

De esta forma —y al ser *Los documentados* una novela que habla de encuentros y desencuentros entre sujetos de las orillas del Mar Caribe, y que por ende, se hace imposible omitir la presencia de esa otra orilla transatlántica, la orilla africana, esa “África diferida” (Hall 355)—, cabe atender a las perversas estructuras raciales sobre las que se construyó, o negoció, la identidad caribeña. De acuerdo con Stuart Hall, el primer trauma de la identidad caribeña es la imposibilidad de localizar en el Caribe un origen para sus pueblos (Hall 406). Tras la aniquilación de gran parte de los aborígenes del Caribe sus islas fueron repobladas por diferentes culturas, principalmente por la africana, la cual fue forzada y violentamente desplazada en la trata de esclavos, por lo que la multiculturalidad —producto de las diferentes composiciones étnicas, fisionomías, lenguas y tradiciones, de las respectivas culturas colonizadoras—, es uno de los rasgos fundacionales de las sociedades antillanas. Pero como sabemos, es una multiculturalidad que no ha estado absuelta de las relaciones de poder, donde lo blanco europeo se sitúa en una posición de superioridad y dominación por sobre lo negro africano.

A esto hay que agregar que “[l]a mayoría de las naciones modernas están formadas por culturas desiguales que sólo fueron unificadas por un largo proceso de conquista violenta; esto es, por la supresión, a la fuerza, de la diferencia cultural” (Hall 384). Es decir, que la construcción de los Estados-naciones modernos, modelos hegemónicos de organización y control social, se logró de la mano de violentas ideologías nacionalistas de “tendencias etnicistas” (Appadurai), las cuales, bajo el argumento de la identidad nacional y su respectivo sentido de pertenencia, velaron por una unificación racial.



De esta forma, las identidades caribeñas multiculturales pasan a ser un paradigma en lo que se refiere a los racismos fundacionales: la raza blanca —una clara minoría demográfica en las Antillas, mas no marginal— goza de una supremacía política y cultural. Esto explica, por ejemplo, por qué dentro del entramado del racismo entre las Antillas mayores (Cuba, Jamaica, Puerto Rico y La Española), Cuba esté en una situación de “superioridad”, ya que en relación a todas esas islas, en el siglo XX en ella ha predominado el asentamiento hispánico blanco o mestizo por sobre el africano —al menos así lo registran los datos oficiales, no por ello reales pero que sí construyen imaginarios.

Dicho esto, podemos aproximarnos al personaje de Karen, ya que ella tiene conciencia de cómo ha interiorizado y normalizado las estructuras de la lógica racista antillana, hasta el punto de que un importante número de sus reflexiones y aflicciones gira en torno a esta situación. Una muestra de ello es su incapacidad de aceptar que su vecina y amiga se haya casado con un dominicano:

Manena era buena acompañante y buena vecina, pero tenía un esposo dominicano, y eso para Karen era un gran “pero”. Un “pero” grande, gigantesco, porque los dominicanos, a pesar de su situación tan precaria, llegaban a la isla a *robarles* trabajo y hogares a los nativos del país. A *robarles* oportunidades, a hacer que el bizcocho, que era el mismo, se repartiera en más pedazos, [...] y sobretodo [sic] porque, según Karen, la mayoría de éstos eran *feos, desagradables, apestosos y carecían de higiene*. Era una cuestión de etnias.

A Karen no le gustaba pensar sobre si [sic] misma que era una prejuiciosa o xenófoba, pero sabía en el fondo que algo de eso tenía que tener [...]. //

[Pero] era *asqueroso* casarse con un dominicano. Los respetaba como seres humanos, pero de ahí a tener algo así como un vínculo que la obligara a que la tocasen, que le hablasen o que tuviera que relacionarse con ellos en el día a día, ni hablar. De eso nada. Le *repugnaban* demasiadas cosas de ellos (70 y 72; cursivas personales).

Se nos muestra una Karen de manos de un narrador que le asigna toda una narrativa atiborrada de estereotipos en torno a los inmigrantes, particularmente los que vienen de República Dominicana, que van desde culpabilizarlos de los problemas económicos y laborales de sus sociedades receptoras, a embrutecerlos. Así, en este personaje se hace evidente ese racismo,



enquistado en las culturas antillanas desde la conquista y colonización; legitimado en los proyectos nacionales y sus narrativas identitarias; y que, en el marco de la globalización se ha fortalecido mediante las políticas de “reforzamiento de las identidades locales”, que generan reacciones defensivas por parte de los miembros de grupos étnicos dominantes que se sienten amenazados por la presencia de otras culturas (Hall 396)<sup>15</sup>.

Paralelamente, y como parte de la propagación de esa cultura del miedo —en la que el miedo funciona como una tecnología de control de unos sobre otros (siguiendo a Foucault)—, las palabras de Karen reproducen las retóricas propias de ese racismo de “modelo colonial de bestialización” de los grupos considerados inferiores (Mbembe *Crítica de la razón* 54, 89, 198), donde el negro, o lo negro, es asimilado a lo incivilizado, lo abyecto, a la bestia, al peligro<sup>16</sup>. De esta forma, las percepciones de Karen sobre los inmigrantes, llenas de desprecio, son una muestra de esas estructuras o “políticas del odio” propias del racismo (Mbembe *Crítica de*). El personaje de Karen está aprisionado en esa estructura de poder del racismo que, en tanto estructura sociopolítica y económica, así como del discurso y de la representación, y mediante la legitimación de estereotipos que ayudan a contrastar identidades, a colocar límites y con ello a demarcar las dinámicas del nosotros-mayoría hegemónica/ellos-minoría (Appadurai 68), expulsa simbólicamente al Otro, lo borra, lo coloca en el margen (Hall, 344), y lo condiciona a lo repulsivo, lo excluido.

No obstante, si bien en los relatos de Karen no se verbaliza explícitamente una negrofobia —quizás porque es un personaje que por su propia caracterización y concepción del mundo no podría pronunciar la palabra “negro”—, la aflicción de Karen ante el reconocimiento de su propio racismo llega a su clímax al darse

<sup>15</sup> De hecho, su propia hija, pendiente de los medios informativos que cubren la llegada de los inmigrantes, narra los acontecimientos imitando la retórica racista de su madre que los reduce a amenazas tanto para el orden económico, cultural o religioso del país: “Se crea una hemorragia de dominicanos monstruosos que arriban a la isla por drones y que se han de instalar aquí para quitarnos nuestros puestos y salarios en las corporaciones, como lo diría mamá, y que trabajarán en la construcción por menos de la mitad del sueldo, [...] que enamorarán a nuestras mujeres [...] y contaminarán nuestra religión con una madeja de creencias africanas pulguientas” (104-5; cursivas personales).

<sup>16</sup> Resulta inevitable en este sentido, relacionar las palabras de Karen con el episodio que narra Frantz Fanon en *Piel negra, máscaras blancas*, del encuentro del niño negro con el niño blanco: “El negro es una bestia, el negro es malo, el negro tiene malas intenciones, el negro es feo” (114).

cuenta de que la persona por quien sentía una inesperada atracción, “el único hombre que alguna vez la tratara como se merecía”, “el único hombre que había logrado orgasmos en ella” (71), era un dominicano<sup>17</sup>.

Humberto, compañero de trabajo de Karen, es un dominicano residente en Puerto Rico, que en vista del racismo que percibe en la isla, y dado a que su fisionomía no responde al imaginario en torno al cuerpo racializado dominicano —de antemano concebido como afrodescendiente y por tanto con esas marcas de negritud—, y consciente de que dentro de la compleja estructura racial antillana “lo cubano” goza de privilegio, opta por hacerse pasar por habanero. Esto no sólo lo “protege” de ser víctima de discriminaciones y malos tratos, sino que también le permite acercarse a Karen, quien al enterarse de su verdadera identidad —nacional y, por tanto, racial— se distanció inmediatamente de él:

Karen le había preguntado el motivo de tal engaño, de tal infamia. Humberto le había explicado que *había encontrado en la isla siempre más racismo y prejuicios en contra de sus hermanos dominicanos que en contra de los cubanos*. ‘De dos males, el peor’, había mencionado él, esta vez, sin ningún falso acento cubano. Y *como era un dominicano de piel blanca*, se le había hecho sumamente fácil continuar con la farsa (Arroyo 71; cursivas personales).

Tanto el cuerpo racializado de Humberto como la conciencia de raza de él y Karen operan como una muestra de esas sociedades fundacionalmente mixtas que han sido sometidas a las “violencias corporales” (Appadurai 112), en las que opera la perversidad de la mirada y su poder de anulación<sup>18</sup>. A partir de las

<sup>17</sup> El personaje de Karen es complejo a la hora de abordarlo, ya que en su entramado ideológico, emocional y afectivo, y su propia experiencia de vida, no deja de haber confrontación y paradojas. No sólo en ella se plasma el discurso racista —que ya al final de la novela se desmonta al aceptar su amor por Humberto y emparejarse con él—; sino que además en su propia figura se inscriben violencias de género propias de la sociedad patriarcal, pero al mismo tiempo ella reproduce discursos patriarcales y homofóbicos, que serían interesantes de analizar y tratar.

<sup>18</sup> Como ya he mencionado, la obra de Yolanda Arroyo se ha caracterizado por darle voz a los cuerpos racializados. De esta forma, en cuanto al tratamiento de la inmigración, la negritud y el correlato de la colonización, dialogan en gran medida con *Los documentados* los diferentes cuentos de su libro *Las negras* y “Chongó” de *Transcaribenxs*, entre otros. Asimismo, en el caso de *Los documentados*, el personaje de la abuela Petronila que le cuenta a Karen y

reflexiones, posicionamientos ideológicos y prácticas de ambos personajes, se da espacio a la representación de la forma como se ha naturalizado en las subjetividades antillanas ese racismo: por medio del reconocimiento y validación de esas marcas corporales, que hacen que los cuerpos mismos funcionen como evidencia de esa otredad, de la mano de la perpetuación de esos violentos relatos que han legitimado la idea de identidades nacionales “plenas”, “unitarias”, “singulares”.

Pero en el caso de Humberto, el suyo es un cuerpo cuyos significantes no corresponden con los significados que se le ha atribuido a su identidad racial dominicana, a la cual él pertenece. Es demasiado blanco para ser dominicano, y de ahí a que sea un cuerpo disruptivo. Un cuerpo que interroga esas narrativas identitarias, que pone en evidencia cómo esas otredades son más pretendidas que reales.

Mediante la relación entre Karen y Humberto se desmontan estos principios identitarios hegemónicos, se da cuenta de cómo los rasgos fisionómicos —“el último refugio de las ideologías racistas” (Hall 386)—, pierden la propiedad de determinar los distintivos identitarios-nacionales de esas “comunidades imaginarias” (Anderson), lo que evidencia cómo la raza ha dejado de ser una categoría biológica y ha pasado a ser una categoría discursiva, cognitiva y de representación: ya no basta con ver el cuerpo racializado para excluirlo, silenciarlo, condenarlo al margen, hay que también saberlo racializado.

### **3. Conclusiones: Una voz que tartamudea, pero registra**

Tras los puntos abordados en los apartados anteriores vemos cómo en *Los documentados* Yolanda Arroyo da paso a una representación de los cuerpos migrantes —de esos colectivos minoritarios silenciados—, atendiendo a sus dolores y heridas desde varias aristas. Por un lado, y de la mano de esos *cuerpos que corren esperando que no los devuelvan*, en la novela se apela por

---

Kapuc sobre su pasado y el pasado antillano indígena y africano, viene a representar esa memoria histórica que ha sido silenciada de los relatos oficiales: “Quisiera que mami no hubiera muerto, que estuviera aquí conmigo, que me abrazara y me dijera como siempre lo hacía que veníamos de descendencia luchadora y aguerrida y que todo cuanto nos acontecía lo podíamos sobrellevar” (49)—señala Karen.

un reconocimiento de esos cuerpos en su condición de vulnerados y vulnerables, y se problematiza de qué forma el acto de legitimar las dinámicas económicas y políticas contemporáneas, que buscan sacar provecho y lucrar con “la tragedia de un grupo nacional” (Arroyo 72), pasan a ser una muestra de cómo la globalización neoliberal y neocolonial “reproduce las lógicas de la colonialidad y su modernidad” (43) en relación a la violencia y la marginación de los sujetos. De esta manera, y de acuerdo con la reflexión de Arjun Appadurai en torno a los vínculos entre globalización y violencia contra ciertos colectivos, las subjetividades inmigrantes vienen a funcionar como metáforas y recordatorios de las crisis de los proyectos nacionales modernos que, al fracasar en sus promesas de ser garantes de la soberanía nacional, alienan el impulso de expulsar y eliminar a esas minorías (61).

Asimismo, y a partir de la inmigración interantillana de *esos cuerpos que corren para olvidar de dónde han partido*, la autora le añade otra dimensión al fenómeno de la inmigración, esta vez desde la representación de cuerpos migrantes caribeños, excluidos ahora por su condición de cuerpos colonizados racializados que, como parte de esa “África diferida”, son sometidos a ese racismo que relega sus rostros al trasfondo, a estar recubiertos por un velo (Mbembe *Crítica de* 71), que los oculte o los haga invisibles.

En vista de lo anterior, y cerrando esta aproximación a la novela —una novela compleja no sólo por las temáticas que aborda sino también por su propio final, precipitado en el cierre de las historias y sospechosamente feliz—, cabe remitirnos a su propio título. La autora, sirviéndose de personajes-narradores puertorriqueños, liberados del drama de la irregularidad y de estigmas raciales, que en el marco de los fenómenos de inmigración contemporánea se identificarían como documentados, los “con papeles”, es decir, como sujetos a quienes se le reconocen sus derechos y con ello su lugar de enunciación y su posibilidad de representación; reclama por la visibilización de esos cuerpos privados de sus rostros, de esas subjetividades cuyas marcas de negritud y otredad los conducen a ser cuerpos rechazados, cuerpos inaceptados, desechados.

Sin embargo, destaca particularmente el personaje de la joven protagonista, ya que Kapuc no sólo es quien escribe-registra-documenta a esas subjetividades, inscribiéndolas en la

historia; sino porque la autora opta por construir un texto que vela por la resistencia a esa violenta supresión de la pluralidad cultural antillana mediante un sujeto en una posición enunciativa puntual. De la mano de las reflexiones poscoloniales, el personaje que honra las “historias escondidas”, que en su acto de “recuperación cultural” busca “entender los idiomas que no se le han enseñado hablar” (Hall 347), al mismo tiempo que interroga su propia historia y las narrativas del pasado, es una niña sordomuda, un cuerpo “defectuoso” (36-7), una “casi persona” (42) — como es descrita a lo largo de la obra—. Y es precisamente mediante este cuerpo-Otro, cuerpo que al final del relato reconoce abandonar la escritura porque “duele demasiado” (152), que Yolanda Arroyo problematiza las complejidades de la legitimación, la enunciación y la representación.

### **Bibliografía**

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Agamben, Giorgio. *Homo sacer. Poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pretextos, [1998] 2006.
- Appadurai, Arjun. *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. Barcelona, Tusquets, 2007.
- Arroyo, Yolanda. *Los documentados*. Puerto Rico, Publicaciones Boreales, [2005] 2017.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Butler, Judith. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Butler, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona, Paidós, 2010.
- Falconí Trávez, Diego. “Puerto Rico erizando mi piel: Intertextos/intercuerpos lordeanos en la narrativa de Yolanda Arroyo Pizarro”. *Letras femeninas*, vol. 42, n° 1, 2016, pp. 55-73.

Fanon, Franz. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid, Akal, 2009.

Hall, Stuart. "Identidad cultural y diáspora", "La cuestión de la identidad cultural" y "Negociando identidades caribeñas". *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (eds.), Instituto de estudios sociales y culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Envió Editores, 2010, pp. 349-362; 362-404; y 405-418.

Harris II, Emmanuel. "From the Dark Shores of Puerto Rico: Yolanda Arroyo Pizarro's Portrayal of the Society's Margins in *Los documentados*". *Tinkuy*, n°18, 2012, pp. 108-118.

Large, Sophie. "El activismo queer, feminista y decolonial en la literatura de Yolanda Arroyo Pizarro: por un pensamiento de la Relación". Dossier *Revisiting Queer Puerto Rican Sexualities / Revisitando las sexualidades puertorriqueñas queer en Centro*. *Journal of the Center for Puerto Rican Studies*. Lawrence La Fountain-Stokes y Yolanda Martínez-San Miguel (eds.), vol. xxx, n° 2, verano 2018, pp. 254-271.

Lladó Ortega, Mónica C. "El cuerpo y la praxis del flujo en la narrativa de Yolanda Arroyo Pizarro". Dossier *Revisiting Queer Puerto Rican Sexualities / Revisitando las sexualidades puertorriqueñas queer en Centro*. *Journal of the Center for Puerto Rican Studies*. Lawrence La Fountain-Stokes y Yolanda Martínez-San Miguel (eds.), vol. xxx, n° 2, verano 2018, pp. 272-294.

Madrid, Antonio. "Vulneración y vulnerabilidad: dos términos para pensar hoy la gestión socio-política del sufrimiento". *Políticas del sufrimiento y la vulnerabilidad*, Jordi Solé y Asun Pié (coords.), Barcelona, Icaria, 2018, pp. 55-72.

Mbembe, Achille. "Entrevista a Achille Mbembe: Achille Mbembe: 'Cuando el poder brutaliza el cuerpo, la resistencia asume una forma visceral'". Amarela Varela, Pablo Lapuente Tiana y Amador Fernández-Savater. *Eldiario.es*. 17 de junio de 2016. [https://www.eldiario.es/interferencias/Achille-Mbembe-brutaliza-resistencia-visceral\\_6\\_527807255.html](https://www.eldiario.es/interferencias/Achille-Mbembe-brutaliza-resistencia-visceral_6_527807255.html) (12/01/2018).



Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife, Melusina, 2011.

Mbembe, Achille. *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Barcelona, Futuro Anterior Ediciones y Nuevos Emprendimientos Editoriales, S. L., 2016.

Mignolo, Walter. "La colonialidad: la cara oculta de la modernidad". *Modernologías. Artistas contemporáneos investigan la modernidad y el modernismo*. VV.AA, Barcelona, MACBA, 2009, pp. 39-49. [http://www.macba.cat/PDFs/walter\\_mignolo\\_modernologies\\_cas.pdf](http://www.macba.cat/PDFs/walter_mignolo_modernologies_cas.pdf).

Nieves López, Edgar J. "Autodefinición y subversión en Fe en disfraz de Mayra Santos-Febres y las Negras de Yolanda Arroyo Pizarro". *Afro-Hispanic Review*, primavera 2018, vol. 37, n°1, pp. 48-61.

Ramos Rosado, Marie. "Mayra Santos Febres, Yvonne Denis Rosario y Yolanda Arroyo Pizarro: narradoras afrodescendientes que desafían jerarquías de poder". *Tinkuy: Boletín de investigación y debate*, n° 18, 2012, pp. 185-191.

Valdez, Elena. "Visibilizando la sexodiversidad: el contrapunteo de la mononormatividad y los poliamores en *Violeta* de Yolanda Arroyo Pizarro". Dossier *Revisiting Queer Puerto Rican Sexualities / Revisitando las sexualidades puertorriqueñas queer en Centro*. *Journal of the Center for Puerto Rican Studies*. Lawrence La Fountain-Stokes y Yolanda Martínez-San Miguel (eds.), vol. xxx, n° 2, verano 2018, pp. 296-319.

Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Santa Cruz de Tenerife, Melusina, 2014.

Recibido: 13 de abril de 2019. Revisado: 24 de mayo de 2019. Publicado: 31 de julio de 2019. *Revista Letral*, n.º 22, 2019, pp. 129-150. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi22.9257>